

DE PRISIONES, PUTAS Y PISTOLAS

El desmantelamiento de ETA en la cárcel

— Manuel Avilés —

Colección dirigida y coordinada por
Marta Robles

sinficción

— Barcelona 2021 —



A Antonio Asunción, mi amigo. Solo pretendo cumplir lo que le prometí cuando se estaba muriendo. Nada más. No quiero ofender ni herir ni alabar a nadie, salvo a dos personas que tuvieron el valor —los cojones, habría que decir— de criticar a ETA cuando ni Dios se atrevía a chistarle a la banda. He oído calificar a Otegui como «hombre de paz». No digo que no haya tenido que ver su actuación en la finalización del terrorismo etarra, pero si hay hombres de paz en esta historia son Etxabe y Urrutia. Cuento la historia como la recuerdo, sin ánimo de machacar ni de elevar a los altares. Esto no es un acta notarial, solo es una novela.

Antonio, los dos lo sabíamos, siempre se mueren pronto los mejores; en cambio, a los inútiles, los parásitos y los hijos de puta, no te los quitas de encima ni con agua caliente.



Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde
—como todos los jóvenes yo vine
a llevarme la vida por delante.

Quería dejar huella
y marcharme entre aplausos
—envejecer, morir, eran tan solo
las dimensiones del teatro.

Pero ha pasado el tiempo
y la verdad desagradable asoma:
envejecer, morir,
es el único argumento de la obra.

JAIME GIL DE BIEDMA



– Índice –

Prólogo	13
Introducción	17
1. Fontcalent, tenebrosa palabra	29
2. El País Vasco, un viaje apasionante	95
3. ETA mata y se descompone	159
4. Antonio Asunción	263



– Prólogo –

Y POR ESA RENDIJA ENTRÓ LA LUZ

Desde el primer momento en que pusimos en marcha esta colección, quise que Manuel Avilés nos contara esa historia que ustedes van a leer a continuación y que tantas veces me había mencionado, guardándose ladinamente todos los detalles. Cuando lo invité a formar parte de nuestro equipo, se empeñó en ofrecerme otro asunto e incluso se empecinó en que lo protagonizara un personaje inventado (aunque basado en uno real), que no cabía en esta colección. Durante meses estuvimos enfrentando nuestras posiciones, como si fuéramos los púgiles de un ring de boxeo. Hasta que un día, en medio de una de esas discusiones tan amistosas como acaloradas, le rogué que me mandara «esa otra novela, que no era novela» y que escondía en el fondo de su ordenador. Sabía, por las poquísimas referencias que había deslizado en algunas de nuestras conversaciones, que recogía uno de los episodios más apasionantes de cuantos vivió como funcionario de prisiones y director del centro penitenciario de Nanclares de la Oca, en Álava.

Corrían tiempos aún difíciles, donde la historia de España continuaba escribiendo renglones torcidos, pese a estar ya en democracia. La lacra de la violencia terrorista permanecía entre nosotros. Y parecía que no existía el camino

por donde cortarle el paso a los violentos. Pero lo había. Dos hombres, dos funcionarios de prisiones, uno secretario general de instituciones penitenciarias y otro director de una cárcel, planearon llevar a cabo una de las mejores estrategias de batalla, recogidas por la sabiduría popular durante siglos: divide y vencerás. Y así, un buen día, de pronto, por sorpresa, nos asaltó la noticia de que, entre las filas de ETA, existían voces discordantes, que mostraban su más flagrante desacuerdo, respecto a muchas de las más pavorosas atrocidades que la banda armada seguía perpetrando contra civiles. Y por esa rendija entró la luz. Y comenzó a obrarse el milagro.

Manuel Avilés, grandísimo y personalísimo narrador, nos ofrece vivir una aventura tan real como inimaginable, desde la que se explican algunos de los capítulos más desconocidos y sustanciosos previos al fin de ETA. Y lo hace sin contención ni contemplaciones, liberándose de todos esos secretos que jamás pensó contar, y poniendo su tripa, su particular manera de expresarse y su vocabulario —a veces carcelario y otras desgarrador— al servicio de este tesoro, que comparte con nosotros, en estas páginas.

Lo leerán con avidez. Y entenderán muchas cosas. Procedan, si les parece conveniente.

MARTA ROBLES

— • —





INTRODUCCIÓN

En los locutorios de la prisión de Alcalá Meco, en enero de 1993, descubren que tres presos etarras —Iñaki de Juana Chaos, Esteban Nieto y Joseba Artola Ibarretxe— junto con sus dos abogados, tan etarras como los anteriores por lo que oí en las cintas —Txemi Gorostiza y Arantza Zulueta—, han planeado y ordenado la muerte del director de la cárcel de Nanclares de la Oca, mi muerte. En esta historia truculenta me ha tocado bailar con la más fea y quieren que yo sea el fiambre. Soy un obstáculo para la liberación de la Nación Vasca, dicen, y tengo sobre mi pescuezo la espada de Damocles.

Le han retirado los policías de escolta al rey Balduino de Bélgica, que pasa sus vacaciones plácidamente en Motril —se ve que los policías de escolta son escasos—, y han reforzado la que yo llevo desde hace un año. ¡Qué honor, nunca pensé que mi vida valiera más que la de un monarca!

Por unas escuchas en una prisión que no he pisado jamás —los magnetofones parecen tener un grave peligro en mi caso— voy, o mejor dicho, me llevan por el mundo —pobre de mí—, en un coche blindado y con otro de vigilancia detrás, con cuatro policías permanentemente, día y noche, como si fuera alguien importante, aunque solo soy el *pringao* de turno.

Han convocado una reunión de directores de todas las prisiones de España para descubrir el pastel y estudiar «el

problema». Incluso el secretario general de Instituciones Penitenciarias va caminando desde su despacho hasta la sede de Esabe, en la Gran Vía madrileña, mientras que los policías que me protegen a mí no me dejan andar por la calle y aparcen el coche sobre la acera para que yo baje, y paso del coche al edificio sin que ni siquiera me roce el aire en la cara. Pareciera que el proscrito soy yo y no los que quieren darme matarile.

Comienza la reunión de alto nivel carcelario. Los escoltas no me quitan ojo de encima. No sé qué hacen detrás de mí si los reunidos no son —en principio— los que quieren mandarme al otro barrio. Un director de una cárcel no mata a nadie, salvo caso de fuerza mayor. Somos lobos de la misma camada. Esto se lo he oído a alguna gitana echándome maldiciones en las salas de visita. Estoy entre amigos —en teoría—, pero los policías siguen allí a pie firme. Hasta al aseo me acompañan si me levanto para ir. Agarro complejo de señora, porque estas jamás van al cuarto de baño solas.

Un capullo —vamos a ser templados en los calificativos—, director de prisión pero capullo, hace una afirmación gilipollas y cobarde, queriendo escurrir el bulto del problema terrorista que afecta a las cárceles, y se monta una bronca de tres pares de cojones. No tardan en expulsarme de la reunión por soltar un exabrupto inadmisibile al cabrearme con ese imbécil.

Rebobino lo ocurrido y no creo lo que me está pasando: montan una sesión de trabajo, de análisis al más alto nivel, con motivo de mi intento de asesinato o de la planificación inminente del mismo, me citan a la reunión y me expulsan al pasillo nada más empezar. Mucha escolta y mucho coche blindado, mucho policía y mucho guardia civil para protegerme, pero creo que sigo siendo el mismo *pringao* de siempre. Y también lo soy ahora, igualmente, muchos años después.

Me marcho a la calle tras ser expulsado —con los escoltas en la chepa, pegados a mí a sol y sombra— y pienso que mi cese como director de prisiones llegará por telegrama en cin-

co minutos y quedará defenestrado. En ese pensamiento estoy cuando un fámulo del secretario general viene corriendo detrás de mí desbaratado. A punto de echar los hígados tras la carrera, y sin recuperar el resuello, me indica:

—Don Antonio —Asunción, el secretario general— ha dicho que esperes aquí un momento, que ahora sale él.

Pienso que no me va a mandar el cese por telegrama, me lo va a dar en mano, y espero pacientemente rodeado de cuatro policías en la acera de la Gran Vía madrileña hasta que por fin aparece.

—Ven conmigo en el coche, y tus escoltas que nos sigan —ordena Antonio expeditivo.

Una caravana —su vehículo con nosotros dentro, y los dos míos con los escoltas, porque yo ando ahora más protegido que un ministro— enfila la carretera de Burgos.

—Manuel, ¿se te ha ido la cabeza? ¿Cómo se te ocurre decirle hijo de puta a ese tío en mitad de la reunión y con todos los directores de las cárceles presentes? —pregunta Antonio aún incrédulo.

—Se lo he dicho porque lo es o pienso yo que lo es. ¡Un hijo de puta de marca mayor! En su cárcel, en Meco, han grabado a tres etarras planeando mi muerte. Esa es la noticia que tú me has dado cuando me habéis puesto más protección que si fuera Felipe González. Tú has dicho en tu primera intervención que las cárceles tienen que ser no un almacén de borregos o de presos aborregados, sino un pilar esencial en la lucha contra el terrorismo, y salta ese gilipollas y dice que «yo no soy un policía y esa es su tarea, yo solo soy un gestor». Entonces no me he podido aguantar y le he dicho lo de «tú lo que eres es un hijo de puta». Si ahora hay que cesarme por ese insulto, me cesas y no hay ningún problema, quedamos tan amigos, pero yo creo que al que tendrías que darle puerta es a ese inútil.

La caravana de coches ya ha salido de Madrid, Castellana arriba, y en medio de la conversación estamos pasando junto a San Sebastián de los Reyes.

—A ti, desde luego, no te voy a cesar, solo faltaría, pero sí te voy a trasladar porque no puedes seguir dirigiendo Nanclares. Ahí te van a matar seguro y tampoco se trata de eso. Escoge el sitio al que quieres ir y te vas tranquilamente. A este imbécil, a este sinvergüenza, tampoco lo voy a cesar porque no quiero estar mañana en la primera página de todos los periódicos con la ilegalidad de las cintas grabadas en Alcalá Meco. A mi costa no van a hinchar el perro. Él no ha querido saber nada de lo grabado ni de cómo ni cuándo se grabó. Eso sí, ha pedido que se le ponga escolta inmediatamente porque ha sido expuesto al peligro con las grabaciones y le gusta fardar con dos policías que lo llevan y lo traen y le abren las puertas del coche para entrar.

—¡Seguirá en su poltrona, el tío mierda! —exclamé saliéndome del alma.

—Estamos intentando legalizarlas, y el que se ha comido el marrón en esa cárcel ha sido un subdirector. Este mierda no sabe ni quiere saber nada, pero ya tendré ocasión de cobrarlo en su momento —afirma con un gesto de resignación—. A lo que íbamos —Antonio sigue a lo suyo, está metido en el asunto etarra hasta las cejas y no piensa en otra cosa—, ¿tú crees que si llamas a esos dos —se refiere a dos etarras de los que hablaremos más adelante y que aún no desvelaré sus nombres— serían capaces de acercarse a Burgos a comer con nosotros?

—No creo que tengan problema. Acojonados, eso sí, porque estarán acojonados y la presión de sus abogados es insufrible, pero vendrán si yo se lo pido.

Hago mis gestiones al teléfono con una trabajadora social que los trata desde hace tiempo en la cárcel y tiene muy buena relación con los dos —resulta que el coche del secretario general tiene un invento nuevo que me parece increíble: teléfono dentro del coche sin cables ni soporte material alguno—, y la gestión da sus frutos de inmediato. Están de permiso porque se lo ha concedido la jueza de Vigilancia Penitenciaria de Bilbao, Ruth Alonso, pero la trabajadora so-

cial los localiza pronto. A las dos del mediodía estarán en el hotel Fernán González de Burgos, un establecimiento céntrico, modesto, en una ciudad pequeña en la que no nos conoce nadie y a la que dirigimos zumbando por una carretera vacía y helada.

—¿Hotel Fernán González? Buenos días. Quiero reservar una mesa para almorzar cuatro personas a las dos del mediodía. A nombre de Ángeles Tena. —No se me ha ocurrido otro, pero no voy a dar el mío y es el primero que me ha salido.

—Perfecto, señor —contesta el recepcionista al otro lado del teléfono.

—Queríamos, porque es una reunión de trabajo importante, que fuese un sitio apartado del público general del comedor.

—Por supuesto, no hay problema —responde dispuesto el gilipollas que me atiende, y ahora verán por qué lo digo—. Tenemos un sitio ideal para esa reunión de trabajo reservada.

No contaré todavía el marrón que nos tenían preparado en el hotel porque no quiero adelantarme en el tiempo, pero tuvimos que salir echando hostias de allí como si todos fuéramos proscritos. Lo cierto es que, proscritos, solo había dos etarras —legalmente de permiso, todo hay que decirlo—, pero los demás éramos un secretario general, el director de una prisión y unos cuantos policías, seis u ocho, que tampoco recuerdo bien el número, que nos hacían de escolta.

—¡Joder, estos tíos son imbéciles! —exclamó Antonio Asunción con un cabreo mayúsculo cuando llegamos al hotel de Burgos—. Les dijiste delante de mí que querías un salón reservado para una comida de trabajo privada y nos han puesto en un mirador en el que solo faltaban las cámaras de televisión y unos cuantos periodistas. Menos mal que parece que nadie se ha dado cuenta de quiénes éramos, sobre todo de quiénes son estos dos invitados que nos acompañan —dijo

sonriendo y mirando a los dos etarras, que no levantaban los ojos del suelo, acojonados.

Vuelta a empezar. Salimos de allí, escopetados, buscando un lugar discreto. Yo subí en el coche de mis dos internos (los etarras), un Talbot Sunbeam negro, decrepito y con una raya verde en los laterales. Me subí con la oposición de los escoltas, que pensaban, cuando menos, en una posibilidad de secuestro inmediata por parte de estos, y nos fuimos a almorzar de forma anónima cordero asado con lechuga a un restaurante llamado Mesón Jesús, al principio de la carretera que une Burgos con León.

Nunca más se supo, en unos años, de aquel director de prisiones al que yo le solté el impropio que no voy a repetir. Él siguió en su puesto, rodeado de un pequeño grupo de fieles pelotas que creían que tenían que ser solo gestores, con una visión miope de la realidad, claramente demostrada, pensando que el terrorismo no era cuestión carcelaria, sino exclusivamente policial, cómodos en sus sillones y sin sudar el hopo. ¡Bien está San Pedro en Roma!

Mi percepción de la Justicia empezó ahí a flojear, cuando no a ser decididamente peyorativa, hasta el punto de no creer en ella en absoluto.

Se juntan en una conspiración para planificar un asesinato, perdón, varios, escuchamos a los presos y a los abogados en todas las emisoras, lo vemos en televisión, lo leemos en prensa, que las voces eran claras y las intenciones y los planes de los autores también, y los matarifes se van de rositas.

No hay caso. Las grabaciones son declaradas ilegales por los jueces, que se la cogen con papel de fumar, y no pasa nada. Ellos han cubierto el expediente y, seguramente, se han ajustado a la norma, una norma que me parece imbécil porque es a mí a quien planeaban matar y a cada uno le pica lo suyo. Convocan una reunión para estudiar y tomar medidas —porque parece que esto puede afectar a más gente y no

es una cuestión personal— y me ponen de patas en la calle por decir las cosas claras y para salvar las apariencias. El secretario general, que sí tenía cojones y sentido de Estado, organiza una comida en Burgos sobre la marcha de la que por poco salimos todos trasquilados.

Así funciona este país en el que un abogado con conocimientos o el director capullo de una cárcel, con capacidad de manipular, te enredan en un asunto y te dan por detrás sin que puedas evitarlo. Es la ley. Un país garantista, pero no para todos, por lo que veo, y lo mismo me estoy pasando, pero creo que mi cabreo es lógico.

Antes de que pasara eso —y después— han ocurrido muchas más cosas. En un país en el que el presidente del Gobierno comparece en sede judicial bajo juramento en asuntos de corrupción y dice cosas que no se cree ni un niño de cinco años —y no pasa nada—, pueden suceder estas historias y muchas más. He aquí la crónica de casi todo.

Tomo mis apuntes en la consulta del oncólogo, porque a estas edades el gran mal de estos tiempos me tiene a punto para la sepultura. El tiempo y esta maldición bíblica se encargarán de completar la tarea que no llevaron a cabo los etarras. Se lo cuento a un médico pasota que, por las reacciones que veo en su cara, no me hace ni puñetero caso. Únicamente guarda silencio y se limita a escribir, parece más un psiquiatra que un oncólogo. Cada día cuando salgo de la consulta yo también organizo a mi aire lo que digo en ella porque el médico ni chista siquiera. Lo escribo para distraerme, para evadirme de la realidad inevitable, y por aquello de la capacidad de fabulación y la memoria del recuerdo y su relación de blindaje contra la gilipollez. Lo escribo intentando encontrar una razón para no pegarme un tiro. De todos los personajes de los que escribo, los mejores son Antonio Asunción, algunos funcionarios ejemplares y los dos etarras, lo tengo claro. No guardo ni un papel de esa etapa, que no soy de los que se llevan cajas y cajas de documentos cuando se van de un sitio.

Esta es la historia que he vivido yo, el último mono, junto a Antonio, y ahora, solo en la senectud, simplemente hablo en voz alta y «se lo cuento» a la persona que tengo reflejada ante el espejo. Si algún nombre está cambiado por error o existe algún desliz, pido disculpas por anticipado. Esto es una crónica novelada con base en hechos reales, aunque ya veremos si al final la etiquetan como novela.

En todo caso, el pegarse un tiro o no, no es tanto un asunto psiquiátrico como de disponibilidad del arma adecuada. Morir de un tiro o de un cáncer, veinte años antes o veinte años después, tampoco tiene mayor importancia en el devenir ciego de la historia.

Lo decía un lúcido Camus en *El mito de Sísifo*: «El único problema filosóficamente relevante es el suicidio». O algo así.

— • —